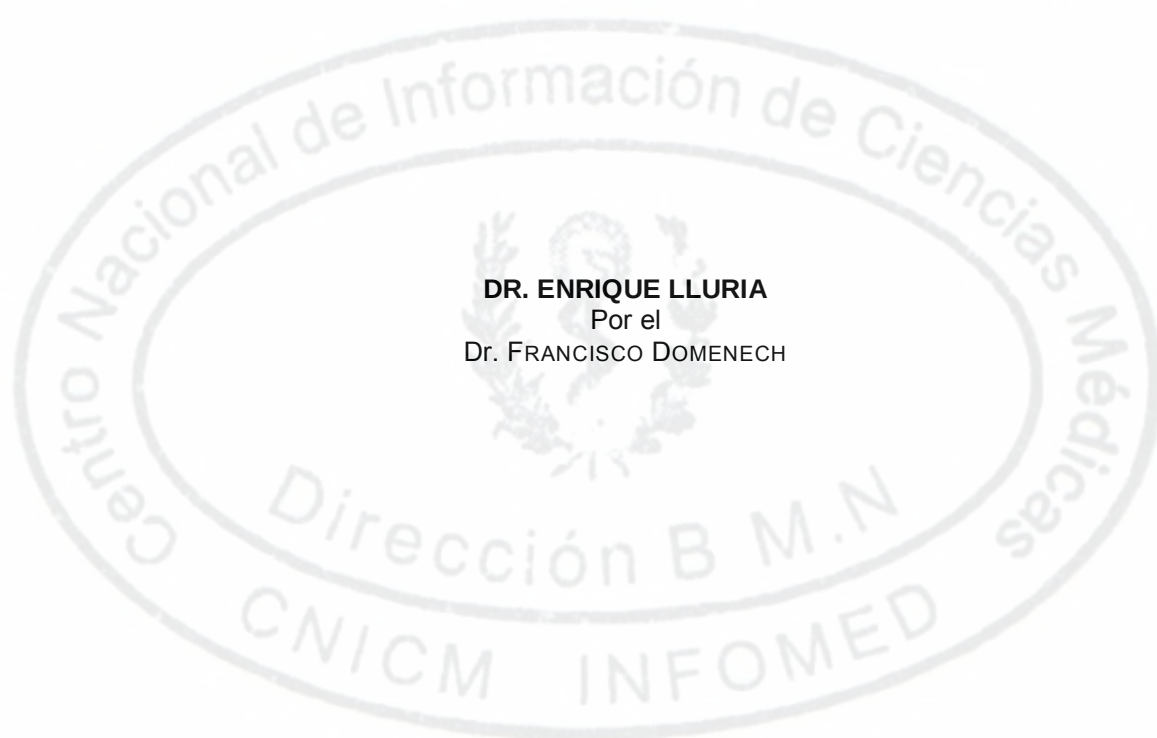


DR. ENRIQUE LLURIA
Por el
Dr. FRANCISCO DOMENECH



Enrique Lluria Despau nació en la ciudad de Matanzas el 23 de Febrero de 1863. Fueron sus padres Enrique Lluria Pujadas, farmacéutico establecido en aquella ciudad y Teresa Despau, ambos cubanos.

Estudió la primera y la segunda enseñanza en su ciudad natal, en cuyo Instituto se graduó de bachiller en 1881, en los mismos momentos en que se celebraba allí la Exposición Comercial e Industrial que tan gratos recuerdos dejó en dicha ciudad.

Era Matanzas la Atenas de Cuba. La cultura cubana se había refugiado allí, en un ambiente criollo, ya que la Habana era una pestilente factoría, con el marcado ambiente de una capital de provincia de la monarquía española.

Matanzas era Heredia, Plácido, Milanés, los Del Monte, Guiteras, Teurbe Tolón, Luis Victoriano Betancourt, Byrne y otros muchos, los más de ellos olvidados. (En estas oscuridades del olvido o el semiolvido andan buceando nuestras pesquisas).

La sociedad matancera formaba una especie de familia. Plácido que se ahogaba en La Habana, halló allí consideraciones y ayudas de todas clases. Costumbres patriarcales, llanas, sin otros dolores que los de carácter general en la organización (o desorganización) de la colonia insular.

Así, pues, a los diez y ocho años de edad, hallábase el joven Enrique en condiciones para pasar a la Universidad de la Habana a estudiar Medicina, que era su vocación. Pero el padre atravesaba una situación económica pésima, los estudios y la estancia en la Habana eran caros y el conflicto se presentó con toda su desnudez.

Francisco de Paula Lluria, tío del muchacho, se prestó a solucionar el problema: él correría con todos los gastos, pues bien lo merecía aquel joven vivaz y gallardo, que demostraba gran inteligencia y que había estudiado muy bien el Bachillerato. Así es que pasó a la capital, se matriculó en el curso 1882-83 y comenzó sus estudios de Medicina.

Aquellos veinte años del mozo se vieron rodeados por los veinte mil peligros de la factoría-capital. El caso no era único: unos se

contaminan, otros se inhiben. Lluria fue de los primeros. Perdió el curso lamentablemente y se presentó en Matanzas, con la cabeza baja y las notas de suspenso en las manos temblantes.

El tío Francisco de Paula era un hombre de excelente corazón y de alto pensamiento, pero de carácter muy fuerte y determinaciones recias. Le retiró "ipso-facto" su protección y no quiso saber más de él.

Todo estaba perdido. El padre no estaba en condiciones de hacer por él. No pudiendo resolver otra cosa, se colocó de dependiente.

Así pasaron dos años. El mordía su derrota y su desesperanza. Sí: todo estaba perdido. Bien cara estaba pagando su falta. ¿Pero era posible que él, sintiéndose iluminado, estuviera circuido de sombras para siempre?.

Enrique tenía una tía política, María Sánchez de Lluria, dama bondadosa e hidalga, a quien contaba sus cuitas, sus sueños, la impotencia en que se debatía.

Es con suma frecuencia que la vida de un hombre se ilumina o se ensombrece, se salva o se pierde, se llena de virtud y gloria o de vicio y abyección, por una mujer.

Y también se da el caso que una mujer le pierde y otra lo salva, o en el orden inverso. ¿Habría de ocurrir esto último a nuestro protagonista?

María Sánchez de Lluria, viéndole sufrir y más torvo cada día, lo llamó y le dijo:

—Tengo dos hijos. Me haré la cuenta que tengo tres....! A reanudar los estudios!

Aquella excelente matrona cubana, haciendo sacrificios, envió a Enrique a la Universidad. El temblaba de emoción. No: ahora la Habana no le engañaría. Serían vanas sus tentaciones, inocuos sus groseros peligros coloniales. Ahora él le demostraría a tío Francisco que había sido injusto y cruel, y le demostraría a tía María que él era agradecido y que sus valores humanos estaban incólumes.

¡Cómo aprovechó el curso! ¡Con que afán de vocación y de amor propio sano, atesoró las brillantes notas en el bolsillo, de más asignaturas de las que correspondían a un solo curso y con el corazón palpitante de felicidad tomó el tren para Matanzas!

Un escándalo. Los primos lo asaltaban, los amigos (entonces más amigos) lo disputaban, la tía protectora, María Sánchez, lloraba de emoción.... Tal vez pensaría: "Nunca se debe perder la esperanza'...

Otro curso en la Habana. Iguales notas brillantes. En dos cursos había vencido tres. Era un “tour de force” en semejante carrera.

Nuevo retorno triunfal a la bella ciudad solariega del San Juan y el Yumurí.

El tío Francisco de Paula mandó a llamar al presunto médico y le dijo:

—¡Bien muchacho: te estás portando como un hombre y te perdono la falta que cometiste! Ahora estoy convencido de lo que vales. Es necesario que vayas a continuar tus estudios a Barcelona. Esto cada día se pondrá peor. En Barcelona, de paso, estudias el francés, para pasar a la Universidad de París.

¡El milagro de reivindicación y de reconciliación, lo había logrado el generoso corazón de una mujer!

NUEVOS HORIZONTES.

El programa de Francisco de Paula Lluria se cumplió. Enrique pasó a Barcelona, en cuya Universidad continuó Medicina brillantemente. Al terminar y graduarse (1889) pasó a París, donde se graduó también.

Desde ese momento fue íntimo amigo y compañero de Joaquín Albarrán, que ya estaba nimbado de gloria. Pero, antes de dedicarse ambos a realizar ciertos planes y proyectos, vinieron juntos a Cuba, en 1890, para no dejar entibiarse un momento el amor a la tierra adorable. Como es sabido, Albarrán decía: “Si los azares de la vida me han hecho adoptar por patria a la gran nación francesa, nunca olvido que soy cubano y siempre tenderán mis esfuerzos a hacerme digno de la tierra en que nací”. Estas palabras son todo un programa. Quiere decir que el nombre de la patria se honra dentro de ella, pero también fuera, bajo otros cielos, cuando se despliegan los valores propios y no se reniega del cuerpo y del alma de la patria.

Juntos, Albarrán y Lluria, volvieron al poco tiempo a París. Albarrán continuó su carrera rutilante. Lluria ingresó como interno en el hospital Necker, en el que tanto había practicado Albarrán. El director de esa Institución era el eminente urólogo Dr. Guyón. A poco, Lluria era el otro discípulo eminente del Dr. Guyón. Este, Albarrán y Lluria, se aplicaron al descubrimiento del cateterismo del tracto urinario. No es de extrañar que Albarrán, profesor de la Sorbona, eminente cirujano, hallara en sus desvelos la solución del instrumento, el citoscopio de Nitze, que él completó e hizo definitivamente práctico, con lo que se ha llamado la “uñuela” de Albarrán, lo que hace posible y fácil el cateterismo de los uréteres. A propósito de esto, dice el Dr. Luis Felipe Rodríguez Molina: “Esta uñuela de Albarrán es el pivote sobre el cual ha girado el desarrollo de la urología en

este último cuarto de siglo; el instrumental se ha multiplicado considerablemente con los tratamientos endoscópicos y los medios de exploración que han nacido al calor de este invento. Y el examen directo del aparato urinario no queda circunscrito a la vejiga; las afecciones renales no son para nosotros una incógnita indescifrable; la pielografía, la pieloscopia, los tratamientos en la pelvis renal, son una consecuencia directa de esta genial concepción; y debemos agregar para nuestro orgullo que de entonces acá muchas modificaciones ha sufrido el citoscopio en los distintos países; pero la uñuela de Albarrán permanece intangible a través del tiempo, tal como la concibiera su autor”.

Por la parte que corresponde a Enrique Lluria, en aquel centro urológico, contribuyó al descubrimiento del cateterismo de los uréteres que había de cambiar las viejas orientaciones de la urología. Fue Lluria el primero que coloreó con azul de metileno los vasos linfáticos de la vejiga, que no habían sido aún estudiados al microscopio. De igual modo, la masoterapia renal; haciendo retornar el riñón flotante o errante a su cavidad natural y fijarlo de nuevo allí, sin necesidad de intervención quirúrgica. El periódico “Journal de Chirurgie” de París, le consagró con tales motivos, cálidos elogios. Volveremos a referirnos a esta discutida masoterapia renal.

De modo que, según podemos cotejar, en 1901 y en 1902, se encontraban en París tres cubanos: Pablo Lafargue, Diego Vicente Tejera y Enrique Lluria que en todo momento supieron dejar bien alto el prestigio intelectual de su patria, contribuyendo en sus respectivas actividades y conocimientos al adelanto y mejoramiento de la Humanidad. ¿Se vieron, se conocieron, se trataron?. No lo sabemos.

Todo lo que hemos bosquejado anteriormente podía hacer presumir que París le ofrecía a Lluria un cálido hogar científico, un porvenir de triunfos, un amplio laboratorio de estudios. Cuatro años de permanencia en aquella Meca de la Medicina le habían granjeado afectos, gran capacidad profesional, el cariño y la estimación, aparte de Albarrán, de Guyón, Ranvier, Dupré y otros sabios parisienses. La microscopía, la histología, los estudios de Pasteur y sus discípulos, estaban en pleno ardor de descubrimientos (nunca decaídos) y eran esos estudios una verdadera atracción para Lluria, tanto, que, si era un especialista en urología, también lo era en los diversos campos a que se aplica el microscopio.

¿Qué lo hizo huir de París, tras esos cuatro años? ¿Que cataclismo (¡por que debió existir algún cataclismo personal) surgió en su vida, que lo hizo abandonar tan bello escenario? ¿Amores, finanzas, quirotismos aventureros?...

No lo sabemos. Lo cierto es que, en 1893 trocó la riente Luteicia, proteica y jocunda, por la tradicional villa del oso y el madroño.

*«castillo famoso,
que al rey moro alivia el miedo»*

UN NUEVO CAMPO

En cuanto Enrique Lluria llegó a Madrid, abrió su clínica, con gran resonancia. Afluyeron los enfermos, y su nombre se extendió rápidamente. Hasta a Cuba. El Dr. Fernando Ortiz escribió, entonces, en «Cuba y América»:... discípulo de Albarrán, es una preclara honra de la enseñanza de éste, y allá en su clínica de la capital de España ejerce con gloria y beneficio su profesión médica, siendo hoy considerado como el mejor especialista en su ciencia, de la medicina española».

En Madrid, además de su profesión médica, podemos encontrar estos datos interesantes: su amistad y colaboración con Don Santiago Ramón y Cajal, la llegada del amor y del matrimonio y su intenso despertar al mundo de la Sociología.

El microscopio, hermanado a la Histología, especialmente la nerviosa, llevaron a Lluria al lado de Ramón y Cajal y consolidaron entre ellos una grata e íntima amistad. Bien es verdad que aquél presenció, acompañó y aplaudió los principales triunfos científicos de Cajal, los que pasaban inadvertidos para la mayor parte de los españoles. Así, en 1894 unos pocos, entre ellos Lluria, fueron a despedir al gran neurólogo que marchaba a Londres, llamado por la Real Sociedad de Ciencias, para inaugurar un curso y pronunciar el discurso principal; recibiendo de paso la investidura de doctor «honoris causa» de la Universidad de Cambridge.

Asistía Lluria con frecuencia a la Universidad madrileña, en donde Cajal fue nombrado catedrático de Histología y Anatomía patológica, y al laboratorio particular del mismo, para colaborar con él, asesorarle y recoger sus luminosas orientaciones.

De igual modo, Lluria está al lado de Ramón y Cajal en los sucesivos triunfos de éste: su ingreso en la Academia de Ciencias, en la de Medicina, en la de la Lengua Española; en los resonantes premios de Faurelle (Antropología) del Congreso Internacional de Medicina en 1900, la medalla Helmholtz (Berlín) y finalmente el premio Nobel de Medicina del 1906.

El cariño y la estimación del eminente histólogo por el médico cubano hallaron comprobación en diversas formas. Cuando la guerra de Cuba, Cajal, que compartía el punto de vista de Pi y Margall, de Iglesias y de Costa, consolaba a Lluria, como el que consuela a un niño, de las atrocidades weylerianas. Cuando Lluria, por razón de su intenso trabajo profesional, faltaba en sus visitas a la Universidad o al Laboratorio, lo urgía para que fuera. Cuando Lluria da al público la obra máxima de su vida, Cajal que no acostumbraba a es-

cribir para el público, le concedió un magnífico prólogo, en que no sólo Cajal descubría Lluria, sino que se descubría a sí mismo. Mas de esto nos ocuparemos más tarde.

Era Enrique Lluria un hombre apuesto, elegante, rubio; usaba a la sazón largos cabellos, barba corrida y puntiaguda. Poseía una verba chispeante y fértil y una inmensa bondad de sentimientos. A poco de vivir en Madrid, halló su media naranja en la Srta. Iruretagoyena, entroncada con familia cubana, a la que tuvo la desgracia de perder poco después de dar a luz su primer hijo.

Lluria se hundió aún más en su profesión. Su consulta, como hemos dicho de especialidades urológicas, era frecuentada por personas de la mejor sociedad madrileña, que lo distinguían y solicitaban.

Así, andando el tiempo, tuvo ocasión de conocer a María, viuda del Marqués de Ayerbe, o sea la Marquesa de Ayerbe y nieta del Marqués de la Vega de Armijo. Era una mujer atractiva y talentosa, poseída de los dones sociales y al mismo tiempo de las máculas de la aristocracia española. Era también escritora. Enrique Lluria se casó con la Marquesa de Ayerbe, que fue desde ese momento su compañera fiel e inseparable y desde ese momento también siempre firmó, lisa y llanamente, María de Lluria.

(Tendremos después ocasión de reanudar la extraña novela de este matrimonio).

El tercer punto que hubimos de presentar era éste: el intenso despertar de Lluria al mundo de la Sociología.

En otro lugar, dijimos: ¿cómo es posible que todo médico no sea sociólogo a un mismo tiempo?

Letamendi, Jimeno, Queraltó, el mismo Cajal y otros de que nos ocuparemos dentro del lugar y la época que estamos enfocando, son buena prueba de que el nexo se halla establecido de un modo natural, por proceso de igual causación.

Pero Lluria era médico, de ricos y aristocráticos, principalmente. Todo lo invitaba a la vida fácil y egoísta y aquí es cuando surge el contraste.

EL CONTRASTE

¡El contraste! ¿Nos hemos dado cuenta de todo lo que significa el contraste en la vida de los hombres biografiados?

El contraste es un esquema de la lucha, de toda lucha esforzada, en los medios que vivimos. Por eso del contraste, hondamente meditado, obtuvo Hegel su doctrina dialéctica de la unión de los opuestos.

El contraste es la paradoja viva de la existencia humana. Una interminable cadena de contrastes es la sociedad. Toda la literatura clásica y la filosofía social, plenas ambas de colorido y dramatismo, recogen ese sugestivo espectáculo universal del contraste.

Tal va a ser ahora el caso de Lluria. A primera vista, su vida parecía trazada ya. Clientela rica y aristocrática, «causer» en salones distinguidos, un apasionante amor a su ciencia proteiforme, altas relaciones en el pensamiento científico.

¡Pues entonces... se entrega a la Sociología y se convierte en un socialista!

¿Por qué? ¿Cuál fué la causa? ¿Generosidades del corazón? ¿Derivaciones mentales y sentimentales en la conciencia del médico, que a diario tiene que comprobar la etiología de las enfermedades, especialmente de las enfermedades sociales? ¿Su amistad con el Dr. Jaime Vera? ¿Simpatía de cubano hacia los que en la península defendieron peligrosamente la causa de los mambises? Todo ello pudo formar un complejo determinista.

Este nuevo aspecto de la vida de Lluria se presenta en dos formas: su actuación como militante del Partido Socialista Obrero y la publicación de sus libros sensacionales.

Fuerza es bosquejar aquí la agrupación social a que había ido a parar el Dr. Lluria.

El Partido Socialista español surgió, en 1871, de la «tournée» por cierto escabrosa y accidentada, que otro socialista cubano, Lafargue, realizó por aquellas tierras, procedente de Inglaterra y Francia. Las leyes draconianas imperantes retardaron la normal organización de dicha entidad, que tuvo que trabajar clandestinamente. El núcleo más importante estaba dentro de la Asociación de tipógrafos de Madrid y se destacaron desde el primer momento José Mesa Llompарт y Pablo Iglesias. A poco ingresó un intelectual de valía, el ilustre médico alienista Dr. Jaime Vera.

Hasta 1881 no logró la legalidad el Partido Socialista, con motivo de subir al Poder Sagasta, prominente político español tan relacionado con la historia de nuestro país. Dos años después, el Dr. Vera pronunció y publicó su «Informe del Partido Socialista Obrero a la Comisión de Reformas Sociales» documento notable traducido a varios idiomas, de un neto y profundo contenido sociológico.

Además de Vera, otros intelectuales, entonces o después, temporal o perennemente, pasaron por ese partido: Felipe Trigo, literato; José Verdes Montenegro, catedrático; Timoteo Orbe, escritor; Miguel de Unamuno, con todos sus altos y paradójicos ardores de catedrático y publicista; Alvaro de Albornoz, abogado elocuente; José Madinaveitia, médico; Luis Pereira, abogado; Juan Morán, ca-

tadrático; Rafael García Ormaechea, abogado y publicista; Tomás Meabe, joven marino, inteligencia genial; Fernando de los Ríos, catedrático, escritor y otros. Y no llegaron a afiliarse, aunque contribuyeron a la importantísima labor realizada por dicho agregado social, Leopoldo Alas «Clarín», Pedro Dorado Montero, Rafael Salillas, Adolfo Buylla, bien conocidos entre personas estudiosas.

Pero lo cierto es que dicho partido, que tanto actuó en la vida pública española y, por tanto, en Cuba, que prodigó propagandistas animosos y honrados en todos los países de habla castellana, fué fundado y estuvo siempre dirigido por obreros manuales, y que su iniciador, líder y alma fue un tipógrafo excepcional.

PABLO IGLESIAS

Era Pablo Iglesias, por la época que Lluria se hizo militante socialista, un hombre como de cincuenta y cinco años, vigoroso y

recio, de modelos finos y arrogante apostura; hermosa cabeza braquicéfala, de corte heleno, encuadrada por blancos y sedosos cabellos y una barba típica, hendida en medio, cuyas doradas y niveas hebras se extendían hacia los lados sin mucha longitud.

Su físico era, pues, atrayente y respetable y adquiría caracteres acentuados cuando se presentaba en la tribuna. La voz de Iglesias era cautivadora, de un timbre armonioso y halagador sumamente grato. Hablaba fogosamente, pero siempre con completo dominio de los nervios, de las ideas, del raciocinio y de la finalidad del discurso.

Su pensamiento, sin embargo, no era variado ni profundo; no poseía alas de águila, ni la penetración cultural simbolizada por el ave agorera que decora a las universidades. Y, no obstante, resultaba el órgano natural, espléndido de una función social, humana, en una época histórica y en un determinado conglomerado social.

Más todo eso tenía un nimbe: aureolando a aquel hombre estaba su honradez sin tacha, su austeridad casi hosca, su serenidad ciceroniana, hasta el punto que, cuando sus enemigos de la extrema derecha y de la extrema izquierda lo asediaban a insultos y calumnias, respondía con unas sencillas palabras de fe, como sabedor de que algún día la justicia llega y la verdad resplandece.

Tal vez la austeridad de Iglesias fué excesiva. Hubo que arrastrarlo a las Cortes, a que cumpliera allí con su deber. Y, allí y dentro de su partido, creó un ambiente catónico. El partido pecó de «guesdista» que es como decir de «lafarguista» o sea rígido, inflexible, de moral meticulosa, de línea recta, de respeto a los propios postulados de consecuencia con los propios ideales. (No he podido averiguar todavía que valor tienen todas estas cosas en política) pero

Pablo Iglesias fué un símbolo, un arquetipo en su tiempo y país, en los que influyó grandemente. La nación entera, al fin, le rindió la estricta justicia que merecía.

Enrique Lluria entró, pues, en ese ambiente, tomando su tónica, su orientación, su idealidad.

LIBROS

He aquí ahora una ligera idea de los libros del médico y sociólogo cubano.

«El medio social y la perfectibilidad de la salud». Fue su primer trabajo. Se han hecho dos ediciones, la primera en 1903. Se ve el paso del médico al sociólogo. El médico, más que otro profesional, hace constatación diaria de la realidad antiprofiláctica. Ve individuos a motones que enferman sin deber enfermar, que engendran enfermos, que no pueden curarse aunque tengan cura. Ve los estragos de la tuberculosis, las anemias, la sífilis, las fiebres infecciosas, los accidentes del trabajo, la ignorancia o la falta de voluntad en la higiene y tantos otros males materiales y morales que arrancan de una defectuosa organización social. Surgen problemas, tales como la alimentación adecuada, el arbolado urbano, la vivienda del pobre, los métodos de trabajo y otros que en conjunto afectan a la inmensa mayoría de la población.

Mucho se ha hablado, se ha escrito y aun se ha hecho desde los días en que Lluria publicó dicho libro. Pero se puede decir que, salvo algunas variantes, siguen en pie estos problemas médico sociales. El «standard» de vida ha mejorado, se ha detenido algo la tuberculosis, hay más cultura higiénica, pero estamos muy lejos del ideal, de lo que la ciencia prevé, por tener sus causas en la estructuración económica y social.

«La Cooperación».—Es un folleto en que se revisan las ventajas y los avances del movimiento cooperativista en el mundo, principalmente con la «Alianza Cooperativa Internacional» que tan hermosos resultados ha ofrecido en menos de un siglo en las principales naciones del mundo.

«La máquina contra el obrero» y «La máquina a favor de la Humanidad, según las leyes naturales». Dos folletos en que se presenta con toda nitidez el socialista transido de lo que llamaba S. Faure «el dolor universal». Lluria ve como la máquina, perfeccionándose hasta el infinito, siendo en realidad un progreso científico, se convierte en lo social en trituradora del hombre. ¿Por qué? lo, porque le desplaza, 2o. porque lo mecaniza, robándole el arte de sus manos. 3o. porque permite en escalas inmensas la competencia morbosa, los almacenamientos absurdos y el «dumping»; 4o. porque

hiere al obrero materialmente y en el aspecto intelectual. Mas todo ocurre por la fiebre de la producción, de la competencia, de los mercados en bichas, de las tarifas en guerra.

La máquina en buena lógica, no debe ser enemiga del obrero, ni el obrero enemigo de la técnica. La máquina, los avances técnicos de todas clases, deben ser aprovechados para alivio del hombre, para su manumisión, lo cual se obtiene haciendo una correcta reformatión social que cambie las normas del trabajo, de la propiedad, de la vida.

«*Evolución superorgánica*», con un subtítulo («La Naturaleza y el problema social»).—Es la obra cumbre del Dr. Enrique Lleras. Se han hecho cuatro ediciones en España. Tiene un prólogo de Don Santiago Ramón y Cajal, que torpemente los editores suprimieron en la última edición.

La primera edición de «*Evolución superorgánica*» apareció en el mes de marzo de 1905, hace justamente 35 años, teniendo él cuarenta y dos años de edad. Fué la sensación científica. A pesar de ser un insular-cubano, se atrevía a contender con Darwin, Spencer, Virchow y otros sabios eminentes de Europa. ¿Se lo perdonarían las sierpes? Por lo pronto, bien hizo en presentarse con el espaldarazo del Dr. Ramón y Cajal.

Notables trabajos aparecieron en importantes diarios y revistas, con el retrato del autor; y muchos de ellos hacían resaltar su condición de cubano, elogiosamente. Entre esa gran cantidad de críticos se destacan: Luis Morote, el famoso periodista, que publicó su trabajo en toda la primera plana del «Heraldo de Madrid» con el retrato; Luis López Ballesteros en «El Imparcial»; Carlos del Río en «El Liberal»; Alberto del Valle en «Unión Ibero-Americana» Dr. J. Rodríguez Martínez en «Revista Médico Social» y otros escritores todos de primera fila.

Nuestro polígrafo el Dr. Fernando Ortiz escribió en la Revista «Cuba y América» de Raimundo Cabrera, estas líneas: «Las obras de Enrique Lleras, arraigadas siempre en los más recientes descubrimientos científicos, se elevan hacia las más puras e ideales concepciones sociológicas. Su mérito está principalmente en haber traído a la circulación sociológica las últimas ideas y principios de neurología para incluirse en la escuela de los pensadores que rechazan la aplicabilidad de la ley darwiniana de la «lucha por la vida» a los fenómenos sociales, desde Vaccaro («La lotta per l'esistenza e i suoi effetti nell'umanità») hasta Kropotkin («La Entraide»). Acaso esa limitación de la ley darwiniana al campo de la evolución orgánica en sus grados ínfimos, sea una solución, un quebranto del ritmo de la mecánica universal de que tan justamente enamorado se muestra el compatriota Lleras. La supremacía del más apto es un fenó-

meno continuo entre los hombres, si tenemos en cuenta que la adaptación ha de referirse no a un ambiente ideal, sino al ambiente actual y presente tal como este se ofrece a la vida con todos sus inconvenientes, con todas sus desventajas; que no por ser éstas producto de nuestras imperfecciones psíquicas y sociales, dejan de ser fenómenos tan naturales como, por ejemplo la lluvia y el huracán, que perturban la vida económica de los pájaros, arrasando sus nidos y propiedades y hasta sus descendencias. «Y termina el Dr. Ortiz con estas amargas palabras de realismo criollo: «Si nuestro Lluria viviese entre nosotros no merecería de sus paisanos la honrosa consideración y estima que le otorgan al otro lado del Atlántico. Sus obras apenas pasarían de atrevimientos de chiquillos...»

Comparando dichas obras con «Evolución Superorgánica» se ve que ésta es su obra cumbre, aunque todas poseen el mismo noble y alto «liento. Pero en ésta se propone resaltar la íntima relación que existe entre la Sociología y las Ciencias Naturales, o sea que, para la solución del problema social, hay que volver los ojos a la Naturaleza, nuestra gran maestra, pues en ella está encerrado el enigma.

Herbert Spencer, espíritu atormentado y contradictorio, de los que ge detienen a la mitad de su obra o se espantan ante ella misma y virtualmente la destrozan, dejó expuesto que la inteligencia del hombre conoce tres grandes órdenes de ideas, que son: inorgánica, orgánica y superorgánica. La primera abarca todos los cuerpos que son susceptibles de ser comprendidos en la Astronomía, la Física y la Química. La segunda comprende la sustancia orgánica y el estudio de cada uno de sus individuos, ya sean vegetales o animales. La superorgánica estudia los organismos en conjunto y formando sociedades, como entre las hormigas, abejas, mamíferos etc. y la Humanidad como el organismo superorgánico más completo e interesante.

Pero Lluria toma esta exposición en el lugar que Spencer la abandono, cuando en la teoría de la evolución llegó hasta los organismos supeorgánicos, sin que llegara a la conclusión a que por rigor lógico debían llevarle los principios. Afirmando Spencer que la inteligencia es un producto de las leyes naturales, debió llegar a la conclusión de que la noción y la organización de la propiedad se oponen a la teoría evolucionista, que hace depender toda organización natural de leyes armónicas que no se pueden infringir sin faltar a los principios fundamentales de la Naturaleza. Las leyes naturales exigen la socialización de la Naturaleza por la Humanidad. Porque la Naturaleza es el patrimonio de la Humanidad. Esta conclusión, ante la que se detuvo Spencer, a pesar de su potencia inductiva, aferrándose a su feroz individualismo totalitario y aberrante, es precisamente la conclusión que valiente y razonadamente sostiene Lluria. Para él, la sociedad es un mundo superorgánico, en el cual la evolución prosigue, y está destinada a un maravilloso desenvolvimiento.

La lucha por la vida de que hablan Darwin, Haeckel, Spencer y otros, sugestionados por Malthus y refiriéndose a la especie humana, produciendo así como víctimas de leyes naturales. Lluria prueba, con visión más honda, con fundamentos científicos más serios que los de Ferri y Kropotkine, que no son más que víctimas de una organización social más torpe que egoísta.

Todas las galas de la civilización capitalista desvían la historia y atrasan la evolución humana, aumentando el número de cerebros inertes que se inclinan hacia el lado de la rutina: «La rutina — dice — es a la inteligencia lo que la inercia a los cuerpos brutos». Pero, aún así, la teoría de Malthus, cierta en lo animal, no lo es respecto al hombre, que cuenta con la inteligencia; que consume como uno y puede producir como mil. El perfeccionamiento del hombre consiste en la eterna mejora de su inteligencia, y esto se puede hacer únicamente con la aplicación metódica y sabia de la relación entre lo Interno y lo Externo.

Estudia hondamente la evolución ontogenética y filogenética de la vida, para llegar a comprender las leyes armónicas que rigen al mundo, para aplicarlas valerosamente al hecho social, que, en su sentido estricto de normalidad, no puede ser diferente a los demás hechos naturales.

Interesante, hondas y por muchas partes originales son las páginas que Lluria, para asentar su doctrina, dedica al estudio de la unidad cósmica y la Energía; integración de la Armonía desde la nebulosa hasta el cerebro humano, determinando claramente la adaptación con innúmeros casos. El estudio de la neurona y todo el sistema nervioso demuestra su devoción por Cajal, pero son muy interesantes sus identificaciones con la mecánica universal. Toda la evolución filogenética neural, está tratada al detalle, desde la célula al hombre integro. La adaptación psíquica, a través de la Filosofía, la Psicología y la Sociología, le hace llegar a la conclusión de un mejor porvenir para la Humanidad. El cerebro del hombre continúa aún su evolución psíquica.

Estudia la relación entre el mecanismo bioquímico del hombre con las leyes naturales, con el «medio», las condiciones sociales. La enfermedad es un acorde falso. La coordinación que establece con tales motivos es admirable. No deja olvidado resquicio, ni opinión pertinente, antigua o moderna, que sea computable.

Compara la lucha por la vida y la lucha de clases, Darwin y Marx. La primera es puramente animal; la segunda, de las sociedades humanas, haciendo ver todas sus consecuencias inevitables por el momento, llegando a sagaces conclusiones dentro de las cuales espera que esa lucha haya de terminar.

Pasa revista a cuanto se ha presentado sobre la herencia biológica y se plantea así mismo nuevas cuestiones y deriva conclusiones; todo ello, como íntegramente en el libro, con un estilo elevado, noble, profundo y al par elegante. Lo que revela la fontana natural, sin artificios. Su Mecánica Universal bien puede llamarse la Armonía Universal. El Hombre nace, vive y muere, en una porción limitada del tiempo y del espacio, porque representa sólo una vibración y como los demás ritmos, destinado a vibrar y a extinguirse, reintegrándose luego en la Energía Universal. La herencia psíquica es la continuación de la adaptación psíquica. Entre padres e hijos, la diferencia que normalmente existe es la cantidad variable que supone la adaptación a lo Externo, que se adquiere de una a otra generación.

Está rota la armonía entre los medios naturales cósmico y social y la víctima es el hombre. Pero esto no puede ser eterno, porque las leyes de la Evolución se cumplen al fin en la Naturaleza.

La profunda controversia entre Haeckel, Virchow, Schmidt y otros darwinianos sobre las leyes de la herencia biológica y la selección natural, provocó la publicación de notables libros, entre los que descuella, a nuestro juicio, «Socialismo y Ciencia Positiva» del eminente Enrique Ferri. Con este libro es con el que tiene más analogía (no semejanza) el libro de Lluria. En realidad, son dos trabajos diferentes en plan, enfoque, datos y método.

Después de ese libro, publicó Lluria «Humanidad del porvenir» con prólogo de Carlos Malato, que examinaremos a poco.

ENSUEÑO Y CIENCIA

¿El cubano es por naturaleza aventurero? ¿Por qué abandona Lluria a Madrid y todas aquellas preeminencias descritas? ¿Acaso le abandonaron, al saber su socialismo, aquellas gentes ricas y aristocráticas de su clientela? ¿Descubrió en su esposa María Lluria algún vicio o defecto, que quiso subsanar en otro clima y ambiente? No lo sabemos; pero hay síntomas e indicios que permiten admitir tal complejo causal.

Lo cierto es que, en 1917 levanta la casa madrileña, carga en vilo la mujer, los hijos, la clínica, los libros y la gloria tesoneramente ganada y se planta de un salto, en Galicia.

María de Lluria había heredado de su abuelo el Marqués de la Vega de Armijo (político español liberal, bondadoso y demócrata) un castillo de leyenda, el castillo de Mos, entre Vigo y Pontevedra, a la margen de una hermosa carretera. En la lejanía, desde' los más altos minaretes del castillo señorial, se veía el Atlántico, cuyas ondas cálidas llegaban de Cuba, la amada lejana... Estaba

bien para soñar. Pero la vida no nos deja libre este dulce anhelo de soñar...

El castillo de Mos fué convertido en una espléndida clínica médica, moderna, con todas las previsiones: estafeta postal, telégrafo, ómnibus, dispensario para emergencias, etc. Sensación en la comarca. Los hijos de Lluria iban todos los días a Vigo, a estudiar. Libros, revistas, periódicos, llegaban de todas partes.

Lluria empezó a trabajar. Llegaban enfermos, ricos y pobres, de todas partes. Otros médicos y varias enfermeras tuvieron que acudir. Todo parecía risueño, lleno de vida y movimiento; todo bien dispuesto y acondicionado, familia y profesión, trabajo y amor. Una Edad Moderna, infundida en una Edad Media. ¿Se podría soñar?

No: no se pudo. Antes de los dos años, el castillo fué infierno, fracaso, lucha inaudita y soledad. Un castillo solitario y polvoriento, dentro del cual deambulaba, como Carlota de Hapsburgo, una sombra de mujer...

Abajo, en el dispensario, acudían los pobres de la comarca para recibir las consultas gratis...

¿Qué había pasado? Lluria, el réprobo, había sido envuelto por los tentáculos del anacrónico caciquismo gallego, una de las formas más fuertes del superviviente feudalismo que aún campea en muchas regiones del globo. Los ricos terratenientes, los caciques de la economía y de la política, los curas y las beatas, formaron una vasta conspiración contra el castillo de Mos. La correspondencia no llegaba, los hilos del telégrafo fueron cortados, la fuerza eléctrica fué cortada también, hasta el agua llegó a faltar. Lluria llegó a temer hasta por sus hijos y dejó de mandarlos a los lejanos centros de enseñanza. Y dentro del castillo solitario y polvoriento deambulaba una sombra de mujer...

DESASTRE Y RETORNO

¡A Cuba ahora! ¡Ya no quedaba nada que hacer allí! ¡A Cuba todos! Así realizando cuanto tenían, saltaron de España, en un viaje que para Lluria debía ser una gran alegría, una consagración y una gloria. Así, en los primeros meses de 1919 llegaron a La Habana. Al pisar de nuevo tierra cubana, Lluria lloró: llegaba a su tierra querida calladamente, de incógnito casi, destrozado, abatido, vencido.

Pocos quedaban aquí de su familia. ¿A quién podría contarle sus dolores, que fuera capaz de comprenderle? ¿Qué nexos tenía él con la República que se agitaba aquende el mar, desde hacía diez y siete años? En tales condiciones adversas, ¡recomenzar de nuevo, no una vida, varias vidas!

Su primo Angel Lluria, le ayudó a dar los primeros pasos. Ha-

bía que revalidar e instalarse. No tenía instrumental, ni medios para adquirirlo. No tenía amigos, Sólo los obreros acudieron a consolarle. El correspondió con ellos por medio de conferencias, clases y libros.

Lluria se dedicó al cateterismo y a su maniobra masoterápica con el riñón flotante. En esto último, si lograba éxito y es indudable que muchas personas lo confirmaban, y aun hoy se presentan como pruebas, había algún secreto que él se llevó a la tumba. Para colocar y, sobre todo, para fijar el riñón otra vez en su sitio, no queda otro camino que atarlo allí, porque no tiene otra sustentación posible, ya que se trata, dijéramos de una cavidad abierta hacia abajo. La operación es relativamente sencilla: se procede dorsalmente; se realiza con éxito todos los días. Pero él quería evitar esta operación. Se trataba de lo que los médicos llaman una maniobra; una especie de masaje reiterado, basta dejar en su sitio al riñón. Pero ¿Cómo lo fijaba allí? ¿O no eran ciertos sus éxitos? Creo que el dilema, en cualquiera de sus dos extremos, está por resolver.

En la Habana publicó, a expensas de la Cooperativa Obrera Constructora de Casas, la segunda edición de «Humanidad del porvenir». El título reza así: «Evolución superorgánica. Segunda parte. La Humanidad del Porvenir y la Solución del problema social». Esta vez sin el prólogo de Malato.

EL ULTIMO LIBRO

A nuestro leal entender, esta obra de Lluria, que se da como segunda parte de «Evolución superorgánica» es muy inferior a ésta. Agravado, porque se había ofrecido una original solución al problema social. No sólo carece de la unidad, el plan y el método y hasta el cuidado lenguaje de «Evolución» sino que, en cuestiones de fondo, ofrece puntos débiles. Veamos algunos de éstos.

Su armonía o mecánica universal, con la que debemos estar de acuerdo, tiene, no obstante, un desarrollo cíclico desde la Energética (Fuerza y Materia) hasta el organismo social en que se dan por resueltos y sin las pruebas que la ciencia exige, puntos, escalones intermedios que están muy oscuros todavía. El paso de lo inorgánico a lo orgánico no ha podido probarse nunca, a pesar de los trabajos de Haeckel, Mentchnicoff y otros.

Toda la gradación: materia cósmica, materia inorgánica de nuestro planeta, células, organismos complejos vegetales y animales, hombre y sociedad, descansa, para él, hasta en sus menores detalles, en el Éter. Según dice, el éter es la sustancia primordial por excelencia, universal, imponderable y elástica, que llena los espacios interplanetarios. La Energética es el éter en actividad y el calor, la

luz, la electricidad sólo son vibraciones de una misma sustancia: el éter. Toda la materia es una condensación y una vibración rítmica del éter. La sustancia orgánica es un modo nuevo de su ritmo; la célula, una forma vibratoria suya y la misma inteligencia humana. Todo, por el éter. Pero cuantos trabajos se han realizado, encaminados a comprobar el éter, han sido inútiles. Los ímprobos esfuerzos de los profesores Michelson, Morley y más recientemente de Picard han resultado estériles. Einstein ha probado matemáticamente que el éter no es necesario para que tengan lugar los fenómenos de traslación, de luz, calor, electricidad. El espacio-tiempo envuelve a la materia y es influido por ella. Lleguemos a la conclusión de que en este punto esencial hay una lucha de hipótesis. Es evidente que no se pueden derivar conclusiones terminantes y absolutas.

También Luria afirma rotundamente que: «La sensibilidad es producida por una acción bioquímica, como en el hambre, la vista y la audición». En el hombre es indudable: dicha sensación cenestésica se debe a una acción bioquímica aunque la hay también kinética propia. Pero respecto al eje hay teorías en pugna, como las de Young Helmholtz, Charpentier y Ladd Franklin. No hay nada definitivo. Sobre el oído, todas las explicaciones existentes son físicas, no químicas.

En cuanto a la esperada solución, original, al problema social, sinceramente, no consta en ninguna parte. Porque no basta decir:

1o.—Que la Evolución, por sí misma, traerá dicha solución. La Evolución es de milenios y en ellos los pueblos surgen y también desaparecen.

2o.—Que la maquinaria es un factor esencial del cambio. La realidad es que la máquina y la técnica, más se aplican en matar, envenenar, falsificar y amontonar para quemar productos, que en salvar a la Humanidad. La maquinaria de por sí al presente, no es nada, como factor de redención.

3o.—Que la Inteligencia es capaz de dar la solución. «Ella es —dice— la que establece la solidaridad humana y es al mismo tiempo la garantía de su destino. «Por ahora, no se ve tal cosa. Se emplea la inteligencia como se emplean las máquinas: para engañar, sojuzgar y suprimir a los hombres. El mismo lo reconoce, cuando dice: «¿Cuándo empezará el hombre su evolución de una manera positiva, es decir, obedeciendo a las leyes naturales? No lo sabemos». Y es que no se trata precisamente de inteligencia, sino de pasiones y de instintos, preponderantemente bajos.

4o.—El cooperativismo. Efectivamente. El adelanto mundial hasta poco antes de la destrucción de Checoslovaquia y Polonia, era el siguiente en materia de Cooperativismo:

«Alianza Cooperativa Internacional» formada por 40 países;
100.000.000 de afiliados; volumen anual de negocios:
14.000.000.000 de pesos.

Además, unos 10 países, con unos 10.000.000 de cooperativista» que por uno u otro motivo no militan en la Alianza.

En conjunto, una hermosísima obra que nos ha ilusionado a todos, como a Lluria.

Pero la Cooperación es línea de paz, sin fuerza alguna contra la guerra, la invasión y el gangsterismo internacional. Los zarpazos de estas fieras desbaratan, con la velocidad del rayo, los ricos panales que construyen laboriosamente las abejas del trabajo.

He aquí las principales objeciones al libro «Humanidad del Porvenir».

En cambio, saboreemos estos bellos y enérgicos párrafos:

«La neurona es al hombre lo que éste a la Humanidad. Si las neuronas están aún en período de evolución, mucho más lo están los hombres, y, comparando organismo con organismo, el social está incomparablemente más atrasado que el cerebro del hombre. La Humanidad es aún un organismo inferior en cuanto a organización ante al ley de la Evolución que conduce a toda la Humanidad a un desarrollo indefinido. La maquinaria moderna es la que establece de una manera precisa, en el organismo superorgánico, la diferenciación entre la vida psíquica y la vida física; la aleta es al pez lo que las alas al pájaro, las garras a la fiera, las manos al hombre, las máquinas a la Humanidad. ¿Puede alguien dudar de que las máquinas, convenientemente manejadas, produjeran mucho más de cuanto puede necesitar la Humanidad? Se comprende cuan inmensamente injustas son todas las miserias. La vida física y la vida intelectual, dada su génesis, no tienen más límites que el infinito y la miseria es un absurdo dentro de las leyes naturales. Mientras exista la organización social que obliga a los hombres a que exploten a sus semejantes para vivir, se estará perpetrando un error; pero un error de que no son responsables los pobres, ni aun los ricos» sino el desarrollo de la civilización que está muy atrasado. La sociedad es aún bárbara, aunque seres de escaso sentimiento ético y social pretendan otra cosa».

De todos modos y en resumen: que este libro es más débil y que la obra maestra de Lluria es «Evolución superorgánica».

LA TRAGEDIA FINAL

Estamos ahora en 1925. Lluria cierra su consulta en la Habana

y salta a Cienfuegos, para abrirla allí. En la Habana se ahogaba. ¿Por qué?.

¿Por qué dejaba aquí a la familia y se iba solo para Cienfuegos? Aquel cambio de residencia tenía todos los caracteres de una huida. Pero ¿de quién huía Lluria? ¿Qué honda y misteriosa tragedia palpitaba en su alma de soñador científico, en su alma de soñador social?

Sí: él huía, estaba en constante huida. Había huido de Madrid. Había huido del castillo de Mos espiritualmente, antes del desastre material. Ahora huía de la Habana. ¿De quién o de que huía?.

Nos encontramos de nuevo ante el contraste, ante la contradicción. Porque Lluria no dejó nunca de querer a María. En la primera hoja de este libro que reeditó en la Habana, osténtase un pensamiento que dice así: «A la memoria de mis padres, para revivir las ilusiones que su cariño les hizo concebir. También dedico este libro a mi mujer, que en mis ensueños de idealidad y de redención humana, supo compartir conmigo ese Ideal, sobreponiéndose a otros beneficios más positivos e inmediatos. La adversidad, cuando se ha presentado, la hemos desdeñado, hemos vivido preferentemente por el Ideal».

Sin embargo, Lluria huía de la Habana, como había huido antes de Madrid y de Mos....por María, por la marquesa-socialista que era su compañera.

Es decir, no huía de ella, a quien quería y admiraba, huía.... ¡de la morfina!.

¡Esa era su tragedia! Por eso se sintió avergonzado en la Corte (aunque María era un producto de ella) y huyó a Mos. Por eso, en Mos, era ella una sombra que buscaba la sombra. Y esta mujer, que era una mujer de alcurnia, de talento y una buena esposa en La Habana, en los confines del despecho ni siquiera pensó que Enrique estaba ahora en el hogar de su apellido, jugándose la última carta en su patria y en su profesión, y siguió de público y notorio, en el uso incurable... de la morfina.

Lluria, pues, se vio acorralado. No podría en la Habana dar un paso más. Había que ir, solo, a donde no lo conocieran. Había que huir.

Lluria empezó a ejercer de médico, cautelosamente, en Cienfuegos. Estaba triste y desesperado. Solo y empezando, una vez más, a vivir y con sesenta y dos años sobre las espaldas.

Aquella naturaleza tan ágil y fuerte perdió los poderes resistentes. El cerebro en todo su vigor. Al fin, unas fiebres malignas lo hicieron su presa, muriendo, con gran desesperación, en Cienfuegos el 6 de octubre de dicho año.

Morir a tiempo es, sin embargo, uno de los bienes más grandes que nos puede deparar el destino. A veces, por morir unos años más (tarde, se eclipsa toda la gloria de un estadista o un guerrero. Napoleón debió morir en Wagram. Carlos III debió morir antes de ver a su pueblo levantándose contra su propia obra de salvación. A veces, es preferible morir antes de escribir una simple carta denegatoria de toda una conducta. Y siempre vivirá demasiado quien haya de ver las ruinas de su patria.

Pero muchos perecen a tiempo, para no mancillar su historia o para evitarse horribles dolores morales. Lluria murió a tiempo, para no ver sucumbir uno tras otro a los seres queridos de su corazón, de los que un extraño destino lo había separado.

En la vida de Enrique Lluria Despau, hay, pues, un ejemplo de altísimos valores intelectuales y sociales; y también una gran lección para cuantos quieran saberla aprovechar.

(1941)

